

**DOCUMENTOS
DEBATES
ESTUDIOS**

**LA VIA
PERUANA
Y EL
SOCIALISMO**



DIRECCION DE DIFUSION
SINAMOS - ONAMS

UNMSM-CEDOC

S
069

CUADERNOS DE DEBATE (1)

LA VIA PERUANA

Y EL SOCIALISMO

PRESENTACION :

La Dirección de Difusión de SINAMOS --ONAMS-- inicia con esta publicación su serie "Cuadernos de Debate" que, en esta ocasión, está dedicada a diversas contribuciones que sobre el tema del socialismo en nuestros días, se han escrito en los diarios LA NUEVA CRONICA Y EXPRESO en las últimas semanas. Creemos contribuir así a la discusión nacional y al esclarecimiento popular.

* * * *

NUESTROS PRINCIPIOS IRREVERSIBLES.

José B. Adolph

"Esta posición, que recoge el legado mejor de las tradiciones libertaria, socialista y cristiana, en lo que esta última tiene de renovador planteamiento social, representa la confluencia de las vertientes más ilustres del pensamiento revolucionario de nuestra tradición histórica y constituye el punto de partida de una nueva conceptualización político-social en el Perú. Ella tiene por finalidad edificar en nuestro país una democracia social de participación plena es decir, un sistema basado en un orden moral de solidaridad, no de individualismo; en una economía fundamentalmente autogestora, en la cual los medios de producción, sean predominantemente de propiedad social, bajo el control directo de quienes con su trabajo generan la riqueza; y en un ordenamiento político donde el poder de decisión, lejos de ser monopolio de oligarquías políticas o económicas, se difunda y radique esencialmente en instituciones sociales, económicas y políticas conducidas, sin intermediación o con el mínimo de ella, por los hombres y mujeres que las formen".

" Ninguno de los sistemas político-económicos que imperan en el mundo es arquetipo de la Revolución Peruana".

Velasco, Discurso en la Sesión Inaugural de la II
Reunión Ministerial del Grupo de los 77.

Lima, 28 de octubre de 1971.

Fuente: Velasco, La Voz de la Revolución, Ediciones
Participación, tomo II, pág. 285.

* * * * *

Más de una vez se ha discutido, públicamente -como debe ser-, el carácter de nuestra revolución. A partir de las primeras definiciones -verdaderos deslindes iniciales-, -(" ni capitalismo ni comunismo"), hasta los más elaborados esquemas conceptuales

(pluralismo económico con predominio del sector de propiedad social, etc), estos años han sido de simultáneo avance práctico y elaboración teórica.

Hoy, cuando el pluralismo de la revolución nos ha permitido romper con la dependencia en el terreno de la política internacional, y rasgos firmes de solidaridad antiimperialista nos unen por ejemplo, con la Cuba revolucionaria, es necesario establecer, quizás repetitivamente, cuál es nuestra posición frente a los dos bloques principales del mundo actual.

En primer lugar, quisiera recordar las palabras de Velasco, cuando - en uno de sus pronunciamientos medulares, el citado más arriba - recalcará que, lejos de poder interpretarse como una posición "tercerista" o reformista, la teoría revolucionaria peruana se situaba revolucionariamente frente a la falsa alternativa "capitalismo o comunismo". Es decir, no somos anticomunistas para defender el capitalismo (en cualquiera de sus variantes pasadas, presentes o futuras), ni somos anticapitalistas para adherirnos al hoy reaccionario "socialismo" estatista, o colectivismo burocrático.

Para decirlo en otra forma, quizás aún más directa: no es que rechazemos el "comunismo" porque no somos socialistas, sino que lo rechazamos porque son ellos, los comunistas, los que han dejado de ser socialistas, revolucionarios, humanistas y libertarios. Recogemos, pues, lo mejor de la tradición socialista, y lo que de renovador tiene el mensaje cristiano. Esto último, por otra parte, no nos convierte en "social-cristianos", membrete que, en el pasado, sirvió para ocultar una tendencia pro-capitalista envuelta en ropajes clericales. Asimismo, no somos "socialistas" a secas, en el entendido de que esa palabra hoy ya no es suficiente para definir claramente una opción determinada: sólo en territorio alemán, por ejemplo, tanto el gobierno occidental como el oriental están en manos de autoproclamados "socialistas"; la palabra, pues, debe ceder su lugar a hechos concretos y a nuevas definiciones.

SOMOS

CONTRARIOS .

Somos contrarios -y aquí ingresan a tallar los hechos- a cualquier sociedad en

la cual prime la propiedad privada sobre los medios de producción, porque en ella se concentra el poder económico, y por ende político, en pocas manos, y se explota el trabajo de hombres alienados en beneficio de una minoría ociosa.

Somos contrarios, también, a toda sociedad en la cual el Estado centralizado persiste, crece y se hipertrofia, concentrando el mismo poder económico, y por ende político, en una casta partidaria, burocrática y tecnocrática, o en la cual un líder infalible o un grupo de escogidos del Señor reemplacen la razón y la participación popular activa por el manipuleo de las masas.

Lo último tampoco significa, naturalmente, que la dirigencia revolucionaria deba cruzarse de brazos a la espera de que partidos prerrevolucionarios o caciques locales llenen el vacío político. Significa, simplemente que debe operarse una gradual pero firme transferencia del poder en todos los niveles - de abajo arriba- al pueblo organizado autónoma y libremente.

Frente a esta opción concreta en el terreno político, o sea en el del ejercicio del poder de decisión, y a su equivalente en el campo de la economía (abandono de la empresa privada capitalista y su reemplazo con la empresa cogestionaria; refuerzo de la empresa estatal, en la cual, sin embargo, también deben comenzar a manifestarse metas participatorias plenas; y creación del sector prioritario -"ideal de la revolución"- de propiedad social) ¿cómo se ha de dar en la práctica nuestra relación con el mundo capitalista, por una parte, y el mundo del socialismo estatista, por el otro?.

Por lo pronto, la revolución peruana se enfrenta a sus enemigos según ellos se presentan para impedirle o desviarla. No hay duda de que, en este sentido, nuestro enemigo número uno, el que nos ha sometido y maniatado hasta hoy es el imperialismo capitalista, y entre estos, particularmente, el norteamericano. A estas alturas ya no es necesario dar las razones: los revolucionarios las conocen y los reaccionarios no se van a convencer. Estamos dispuestos

a convivir con los países que defiendan el sistema capitalista, en la medida en que no quieran impedirnos abandonarlo total y definitivamente.

En cuanto a los países social - estatistas, les brindamos nuestra amistad, así como la común vocación antiimperialista, en la medida en que no pretendan imponer nos su modelo. Podemos aprender de muchos de ellos: tanto de sus aciertos como de sus errores. Somos hermanos de todos los pueblos del mundo, desde el norteamericano hasta el ruso; aceptamos todas las manos extendidas hacia nosotros, excepto las que apuntan a nuestros bolsillos.

CIERTAS

COMPARACIONES

No nos movemos en forma matemáticamente equidistante entre el colectivismo burocrático y el imperialismo capitalista: hay prioridades y estrategias para todo. Pero pretendemos hallar una respuesta propia a la pregunta crucial de este siglo: ¿cómo superar el capitalismo sin caer en el totalitarismo estatista? O, más crudamente: ni represión antiobrera ni clínicas siberianas para los disidentes; ni accionistas ociosos que viven del trabajo del proletario, ni funcionarios omnipotentes que centralizan la plusvalía en el aparato endiosado del Estado. Ni libertad de empresa periodística para las variantes derechistas, ni diario único al servicio del dogma oficial. Ni alienación del hombre separado de su producto por el capitalismo, ni alienación del hombre separado de su producto por la patronal, burocrática.

No soy de los que usan el calificativo de "imperialista" con la ligeresa interesada que utilizan los ideólogos de "La Prensa": el macartismo siempre ha querido identificar el capitalismo con el colectivismo stalinista o neo-stalinista para sus propios fines: confundir al pueblo y convencerlo de la inutilidad o imposibilidad de luchar revolucionariamente por un socialismo humanista y libertario como el peruano. No se puede comparar seriamente el capitalismo - hoy un sistema conservador, basado en la propiedad privada - con el social-estatismo, una variante hoy reaccionaria de la lucha contra el capitalismo.

Somos nosotros, los militantes de la revolución peruana - junto con lo más avanzado del pensamiento izquierdista mundial - quienes nos encontramos a la vanguardia de la revolución contra el capitalismo. Y esto es así por una razón muy sencilla: estamos de regreso mientras algunos dogmáticos recién están de ida. La autogestión socialista, el autogobierno local, la participación plena, la libertad total en la cultura, los medios de producción y de cultura sin patrones -ni mecenas burgueses ni censores partidarios - y sin plusvalías arrebatadas por nadie que no sean los productores mismos: ese es el pensamiento revolucionario de nuestro tiempo. Ese es el "experimento peruano": critiquemos sus fallas, combatamos la corrupción, evitemos los desvíos a callejones sin salida y acabemos con el capitalismo en el Perú, bajo la dirección de las Fuerzas Armadas y de los trabajadores organizados -sin caciques y sin partidos obsoletos-; esas son las consignas de la hora.

CONTRA EL CHANTAJE .

Y una nota final: terminemos, de una vez por todas, con el chantaje que, de una u otra fuente, pretendió siempre acallar las voces críticas internas aduciendo la necesidad de un monolitismo ideológico de carácter claramente inquisitorial.

Especialmente los defensores del colectivismo burocrático emiten aullidos desesperados a la menor crítica a sus débiles esquemas dogmáticos: "agente imperialista", "servidor objetivo del imperialismo", "macartista", son algunos de sus aportes a la discusión. Cuando Fidel Castro apoya la intervención reaccionaria de la URSS en Checoslovaquia acusa de agentes de la CIA a quienes se atreven a cuestionar algunos aspectos oscuros de su gestión, y se lanza a una política cultural dogmática de reminiscencias stalinistas, se espera de los revolucionarios del mundo la renuncia a toda crítica. Y eso es, simplemente, traicionar la tradición socialista de libre debate entre revolucionarios. Ese debate no cuestiona la defensa de la Revolución ante el imperialismo; todo lo contrario: la robustece y reafirma. Es la uniformización del pensamiento, la apatía no participatoria de las masas en la discusión, el aceptamiento del chantaje

según el cual la discusión entre revolucionarios "de armas a la ideología imperialista", lo que prepara y conduce a la deformación burocrático-dogmática de las revoluciones y, con ello, abre el camino a la restauración capitalista o a la degeneración totalitaria. No debemos poner obstáculos a la evidente tendencia, existente hoy en muchos países no-capitalistas, a reencontrar el camino del socialismo libertario.

La Revolución Peruana se encuentra hoy ante momentos decisivos. De sus próximas opciones dependerá que se mantenga- y se habrá de mantener- su espíritu libertario y humanista, su socialismo de participación y su respeto por la dignidad del hombre concreto: vale decir, su rechazo del capitalismo explotador y alienante y de las tiranías burocrático-colectivistas que durante demasiado tiempo ya han venido empañando la luminosa bandera de la revolución mundial.

(La Nueva Crónica, Lima, 23-4-73).

POR QUE UN SOCIALISMO LIBERTARIO.

Rafael Roncagliolo

En los últimos años ha germinado y fundado una conciencia socialista en amplias capas de los sectores medios y también, con menos alambicamiento, entre crecientes núcleos de la clase obrera y el campesinado. Esta verdadera concientización ha venido acompañada por dos temáticas diferentes, que a veces con ingenuidad y a veces con malicia, aparecen como mezclados.

DOS CRITICAS DIFERENTES

Por un lado, está la crítica socialista a las experiencias socialistas pre-existent, y particularmente al stalinismo soviético, con toda su carga de burocratismo y dogmatismo, crítica que sabe aprender de la historia y que se dirige a construir aquí un socialismo más puro y por lo tanto (loj!) más radical. O sea, un socialismo con mayor y real ejercicio directo del poder por parte del pueblo.

Por el otro lado, los ideólogos de las clases dominantes han empezado a desarrollar un complejo aparato de adjetivos, con el ánimo de empujar la conciencia socialista hacia un "socialismo" que no sea socialismo".

Pero cuidado, que aunque vengan juntos, ambos fenómenos son absolutamente diferentes. El segundo pretende jugar al oportunismo histórico montándose sobre las faltas de precisión y difusión del primero. Y así, en nombre de la crítica al estalinismo soviético, quiere mantener la hegemonía de la empresa privada y el mercado capitalista. Pero las dos críticas son distintas: la primera brota de una conciencia socialista lúcida y creativa. La segunda resulta un subproducto sofisticado del más barato anticommunismo.

Algo más en cuanto a la primera: en el Perú esta crítica aparece con frecuencia esterilizada por la utilización seudoteórica, a ojos de la cual aquí no ha pasado nada, y de lo que se trata es de combatir a este gobierno fascista, facistoide, semifacista, reformista burgués, neocolonialista o populista según el mes del año en que se por-

tifique. (Y con esto último no quiero decir que "Sociedad y Política" y Anibal Quijano, con cuyas posiciones obviamente discrepo, dejen de constituir una postura propia, a la que hay que responder con argumentos y no con ataques personales como lo ha hecho recientemente otro colaborador de "Expreso", el señor Alcides Condori P.).

Pero como lo ha señalado el Ministro Meneses, aquí no hay lugar para el anticomunismo. Y, sólo por ejemplo, el fermento cristiano viene resultando capaz de levantar al socialismo no contra las experiencias históricas previas, sino a partir del reconocimiento de las desviaciones en ellas cometidas. A este socialismo, decidido a no repetir los errores de la Unión Soviética, ni los de China, ni los de Cuba, se le ha querido llamar de varias maneras, sin que ninguna -acaso, felizmente- haya aún calado. Lo de socialismo cristiano resulta teológicamente inaceptable y prácticamente redundante. Lo de socialismo humanista sigue siendo casi tan genérico como socialismo a secas. Alguna vez hubo quienes probamos con socialismo comunitario, pero de insistir en el asunto, las circunstancias - siempre más poderosas que la etimología- nos hubieran puesto en la misma fila que la reaccionaria democracia cristiana chilena. Hoy parece que se va afirmando lo de socialismo libertario, que aún a riesgo de forzadas remembranzas anarquistas, parece más pertinente. Aunque quizás lo mejor sería hablar como Fernández Maldonado de socialismo peruano. Que hoy lo peruano es adjetivo bastante y suficiente.

Pero, mientras nuestros nominalistas deciden esta cuestión de los títulos, apurémonos a plantear algunos contenidos, siempre con ánimo de abrir debate en torno a ellos.

SI AL SOCIALISMO

Si todo sistema social se define a partir del régimen de propiedad de los bienes de producción, es lógico que lo propio del socialismo lo constituya la propiedad social - y de ahí socialismo- de dichos bienes. Por lo tanto, estar por el socialismo es estar por la desaparición de la empresa privada, aún de la empresa privada reformada. Desaparición, claro está, no significa cierre inmediato de todas las empresas. Las que interesan en primer lugar son las grandes empresas monopolistas e imperialistas, y es dable incluso, estimular durante un largo período a las pequeñas y medianas industrias priva-

das reformadas, pero dentro de un conjunto caracterizado por la real predominancia de las empresas de propiedad social. De ello ha de seguirse la desaparición de los capitalistas como clase social y la cancelación del mercado como ente regulador principal de la producción y de los precios.

En breve, en el socialismo: (1) son las necesidades reales de la población las que determinan qué y cuánto producir, y no la ambición de los empresarios la que determina qué y cuánto se debe consumir. (2). Es el trabajo la fuente real de ingresos personales y no la posesión de bienes. Y (3) el sistema de planificación va sustituyendo al mercado como mecanismo de determinación de los volúmenes de producción y de los precios. Todo ello definido a partir de la propiedad social de los bienes de producción propiedad social que puede cristalizar de diferentes maneras. Una de esas maneras es la propiedad estatal que, hoy se ve claro, debe quedar restringida a ciertos sectores estratégicos, dejando un mayor lugar a la propiedad autogestionaria, en la que los trabajadores y no el Estado, asumen las decisiones de la empresa. Esta segunda forma, propiedad social por excelencia, constituye el rasgo distintivo original y propio de lo que puede llegar a constituir un socialismo libertario, por oposición al socialismo estatista, burocrático y dogmático.

LIBERTARIO

A este nuevo modelo de socialismo libertario por su finalidad, peruano por su lugar de origen como experiencia real, apunta el proceso que hoy vive el país. Y como tal resulta claramente antagónico e incompatible con el modo de producción capitalista, con la perduración de la clase de los capitalistas, con el régimen político "democrático-burgués" y con la subsistencia de la cultura tradicional.

Y resulta también inconfundible con las experiencias históricas generadas a partir del comunismo soviético. Justamente, el poder creador del socialismo y los propios orígenes de nuestra Nación, nos obligan a crear modelos nuevos, distintos, a no caer en los errores y desviaciones de otros países, ni tampoco en precipitaciones como las que obviamente cometió Cuba revolucionaria.

Aquí la línea de demarcación es clara: lo de libertario significa el estímulo a la libre manifestación de ideas y pensamientos (que NO existe en el capitalismo) el ejercicio directo del poder por las organizaciones de trabajadores, tanto a nivel de la empresa como en los niveles regionales y en la instancia de la conducción política global del país. Recusamos, por lo tanto el monopolio absoluto del poder, la cultura y la comunicación masiva por parte de un partido único. Recusamos la concentración de todas las decisiones económicas en la burocracia estatal. Recusamos el sometimiento de nuestra política internacional a cualquier potencia mundial y explícita y enfáticamente, la posibilidad de someter nuestra política internacional a los intereses nacionalles de la Unión Soviética. Y por ello, una vez más, nuestro socialismo no tiene nada que ver con eso que la derecha llama "el imperialismo soviético". Y los periodistas de la derecha deben empezar de una vez por todas a responder a nuestras propuestas nacionales para el Perú en lugar de llamarnos pro soviéticos cada vez que hablamos de socialismo.

De "Expreso", Lima, 27-4-73.

POR UN SOCIALISMO RECUPERADO.

por : José B. Adolph.

Evidentemente, el Perú de hoy está comenzando a reencontrarse con una de sus mejores tradiciones, lamentablemente breve en su azarosa historia, pero en esas ocasiones brillante y prometedora: la del libre debate sobre temas revolucionarios. Después de Mariátegui, y con algunas honrosas excepciones, el nivel de nuestras discusiones políticas- y, dicho sea de paso, de nuestro periodismo en general- había descendido notoriamente: una mezcla de "industrialización" del periodismo y de "zoologización" de la teorización sociopolítica, había (si se me permite este horrendo neologismo), "ultimahoreado" nuestras discusiones.

Desde la solemne mentecatería perogrullesca de "El Comercio" hasta las gritonas "chalaccas" al estómago de la ultraizquierda, pasando por la cobarde y generalmente anónima calumnia institucionalizada de los comunistas -sin olvidar las más modernas técnicas subliminales de "La Prensa" directamente importadas de Madison Avenue- lo que se llamó "debate político" en el Perú fué, y sigue siendo, un ejercicio de viejos amargados, desinformados y hepáticos (incluyendo a quienes por la cronología, debían entrar a la categoría de jóvenes). Una de las consecuencias de la Revolución Peruana parece ser una lenta recuperación de la capacidad para la inteligencia política que no tiene por qué ser privativa de otros pueblos.

Estamos asistiendo, así, en estos días, a un interesante multólogo en torno a ciertos problemas revolucionarios básicos del mundo de hoy, en el cual participan diversas opiniones de izquierda y de derecha, cada cual defendiendo "lo suyo", como es natural. Es decir, lo del grupo social cuyo pensamiento les inspira.

Se está discutiendo entre otras cosas, el socialismo, es decir, el conglomerado de tendencias contradictorias - y, en algunos casos- límite, antagónicas, que hoy se presentan como alternativa al capitalismo; se está discutiendo la propiedad social y sus diferencias con la propiedad estatal; se está discutiendo, en fin, la naturaleza, el carácter, y hasta la validez, de la crítica a determinadas formas históricas del socialismo o comunismo.

Quisiera dirigirme hacia este último punto, quizás el que más se presta a equívocos, como lo demuestra la historia misma del movimiento revolucionario, no sin antes felicitar a quienes, desde diversos órganos de expresión, están dando a conocer sus puntos de vista sobre los temas mencionados anteriormente y recordar algunos puntos básicos, tal como éstos se deducen de la teoría y la acción revolucionarias del Perú y del mundo.

LA MUJER DEL CESAR

Si el capitalismo se basa en la propiedad predominantemente privada de los medios de producción, en la concentración del poder de decisión y en la apropiación individual o, en todo caso, minoritaria de los excedentes económicos, todo sistema que desee reemplazar al capitalismo tiene que comenzar por recusar -en la teoría y en la práctica- semejante organización social.

El socialismo, para ser tal, tiene, pues, que basarse en la propiedad predominantemente social ("de la sociedad") de los medios de producción, en la diversificación o generalización del poder de decisión y en la apropiación colectiva de los excedentes económicos. No basta con calificar a algo de "socialismo" para que este algo lo sea realmente; la mujer del César, invirtiendo la frase tradicional, no sólo debe PARECER honesta, sino que tiene que SER LO. Es justamente por eso que, anticipándose probablemente a la más moderna corriente de "ablandamiento" del neocapitalismo, la Revolución Peruana ya ha fijado claramente su opción, que no consiste en ponerle el nombre de "socialista" a lo que pueda surgir, sino -mucho más efectivamente- en definir las características de la nueva sociedad peruana: propiedad social predominante, propiedad estatal reforzada frente a la propiedad privada reformada o cogestionaria.

Es más: se ha dicho oficialmente que, de estas tres formas de propiedad, la Revolución Peruana considera a la social -es decir, a la no privada y a la no estatal- como la "ideal"; y, si, la lógica no nos toma el pelo, uno tiende a perseguir, defender, apoyar y hasta imponer -si es preciso- lo ideal, y no lo menos ideal.

Quisiera dirigirme hacia este último punto, quizás el que más se presta a equívocos, como lo demuestra la historia misma del movimiento revolucionario, no sin antes felicitar a quienes, desde diversos órganos de expresión, están dando a conocer sus puntos de vista sobre los temas mencionados anteriormente y recordar algunos puntos básicos, tal como éstos se deducen de la teoría y la acción revolucionarias del Perú y del mundo.

LA MUJER DEL CESAR

Si el capitalismo se basa en la propiedad predominantemente privada de los medios de producción, en la concentración del poder de decisión y en la apropiación individual o, en todo caso, minoritaria de los excedentes económicos, todo sistema que desee reemplazar al capitalismo tiene que comenzar por recusar -en la teoría y en la práctica- semejante organización social.

El socialismo, para ser tal, tiene, pues, que basarse en la propiedad predominantemente social ("de la sociedad") de los medios de producción, en la diversificación o generalización del poder de decisión y en la apropiación colectiva de los excedentes económicos. No basta con calificar a algo de "socialismo" para que este algo lo sea realmente: la mujer del César, invirtiendo la frase tradicional, no sólo debe PARECER honesta, sino que tiene que SERLO. Es justamente por eso que, anticipándose probablemente a la más moderna corriente de "ablandamiento" del neocapitalismo, la Revolución Peruana ya ha fijado claramente su opción, que no consiste en ponerle el nombre de "socialista" a lo que pueda surgir, sino -mucho más efectivamente- en definir las características de la nueva sociedad peruana: propiedad social, predominante, propiedad estatal reforzada frente a la propiedad privada reformada o cogestionaria.

Es más: se ha dicho oficialmente que, de estas tres formas de propiedad, la Revolución Peruana considera a la social -es decir, a la no privada y a la no estatal- como la "ideal"; y, si, la lógica no nos toma el pelo, uno tiende a perseguir, defender, apoyar y hasta imponer -si es preciso- lo ideal, y no lo menos ideal.

Esto no equivale a decir, que uno esté dispuesto a destruir, eliminar, asesinar lo menos ideal, siempre y mientras lo no ideal no ponga en peligro lo ideal. También esto lo ha dicho oficialmente la Revolución Peruana por boca de Velasco, si mal no recuerdo en una de las CADE, en el sentido de que jamás se volverá a permitir en el Perú que la concentración de poder económico - al estilo capitalista- se convierta en poder político.

El carácter libertario democrático, del proceso peruano ha creado, sin duda, en algunos sectores la opinión, completamente errónea, de que ésta es una "revolución blanda", a la que se puede empujar de un lado a otro y a la que se le puede meter gato por liebre. Yo comprendo esta idea errónea: no hay muchos precedentes para una Revolución con tanta libertad de expresión y que ha tratado con tanta delicadeza a sus enemigos: es fácil, en el mundo de hoy, confundir el humanismo con la debilidad. Avisos del Gobierno Revolucionario, en el sentido de no pasarse de la raya, no ha faltado: si fuera necesario, ésta podría ser la primera guerra avisada que mate gente.

MUERTE AL MERCADO

Pero en este tema del "socialismo" -de "los socialismos", recordémoslo- nos hace falta a todos más información. Éste es un mundo pluralista, policéntrico de experimentaciones cada vez más audaces y de puntos muertos cada vez menos atractivos. Las excelentes contribuciones de Rafael Roncagliolo en "Expreso", por ejemplo, sobre estos temas, parecen, sin embargo, aferrarse a algunas ideas clásicas que desde hace cierto tiempo- años, en algunos casos - se hallan cuestionadas en los mismos países social - estatistas: la de planificación centralizada versus mercado, por ejemplo. Permítanseme algunas citas al respecto:

"HACE A LO SUMO CINCO O SEIS AÑOS, EL CRITERIO GENERALMENTE ACEPTADO ERA QUE LOS PRECIOS DEBIAN SER FIJADOS POR EL CENTRO. AHORA BIEN, ESO NO ERA SINO UN PUNTO DE PARTIDA. LA META CONSISTE EN LOGRAR PRECIOS MAS LIBRES Y EN QUE HAYA CONTROL SOLO EN CASOS INDISPENSABLES": Bela Csikos-Nagy, Jefe de la Junta de Materiales y Precios de Hungría,

en entrevista a Harry G. Shaffer, profesor asociado de Economía de la Universidad de Kansas. Csikos-Nagy predijo también (en 1969) que después de 1975, la economía hún-gara muy probablemente se basaría en los precios libres. Shaffer cita también una re-solución del Comité Central (1966) alentando la permanencia del sector privado, siem-pre y cuando el sector socialista continúe su decisivo ascenso". (Fuente: "Problemas del Comunismo", enero-febrero de 1970. El hecho de que ésta sea una publicación de la Agencia de Información de los Estados Unidos, no invalida los hechos y declaracio-nes citadas).

Por su parte, Bohan Glinski, economista polaco, afirma en "El Papel del Mer-cado en la Economía Dirigida" (Gospodarka Planowa, Varsovia: "UNA GRAN MAYO-RIA DE LOS ECONOMISTAS DE TODAS LAS NACIONES SOCIALISTAS ESTAN DE ACUERDO EN QUE, EN LA ETAPA ACTUAL DEL DESARROLLO DE LAS ECONO-MIAS SOCIALISTAS, HAN CAMBIADO LAS RELACIONES MUTUAS ENTRE MERCADO Y PLAN. SEGUN LA NUEVA TENDENCIA IDEOLOGICA QUE HOY PREDOMI-NA, ESTOS DOS CONCEPTOS BASICOS EN VEZ DE OPONERSE, DE HECHO SE COMPLEMENTAN").

A lo que voy con esas citas es a esto: existe hoy, en casi todos los países so-cial estatistas- incluyendo a la propia Unión Soviética- una tendencia a cuya vanguar-dia parecen estar en los últimos años Polonia y Hungría, de revisar profundamente algu-nos de los esquemas básicos de la variante stalinista de economía "socialista". La to-tal centralización económica en el Estado, el flujo de decisiones de arriba a abajo, verticalmente, la consiguiente centralización - al final de cuentas totalitaria- del po-der político en quienes "son" el Estado (funcionarios estatales y partidarios, tecnócra-tas y planificadores de escritorio), o sea, el modelo ruso -porque no es, por cierto, el modelo "soviético"- se encuentra en profundo cuestionamiento.

UN SOCIALISMO MAS SOCIALISTA

Y que conste claramente: no se trata de un cuestionamiento que plantee o proponga un retorno a la "libre empresa" capitalista, como nos lo quisieran hacer creer los ideólogos de la derecha. Todo lo contrario: se trata de la búsqueda de formas li-bertarias, más "socialistas" del socialismo; si se quiere, un "retorno a las fuentes". Con

gran cautela, por cierto, para no correr la suerte de Hungría en 1956 y de Checoslovaquia en 1968. Un amigo mío, periodista de uno de esos países, me relataba hace pocas semanas: " En mi país, en estos momentos no hay problemas para escribir en la prensa; por ejemplo, se describe con interés la teoría de la Revolución Peruana, la idea de la autogestión y la cogestión, etc. LO UNICO QUE NO PODEMOS ESCRIBIR ES CUALQUIER COSA QUE SIRVA DE ATAQUE A LA UNION SOVIETICA".

Esto confirma una serie de recientes análisis de los que se deduce que las sociedades social-estatas, sobre todo de Europa Oriental, no se hallan "estancadas" o pétreamente inmóviles. Si "las cosas" se hacen con "tino" (como en Hungría y, en menor escala, en Polonia), es decir, asegurando a Moscú la voluntad de permanecer con ella, la liberalización - una palabra peligrosa, lo admito, pero que aquí uso en sentido revolucionario- se desarrolla notablemente.

Esta actitud de la URSS corresponde a la de los EE.UU., a quien no le importa tanto que Cuba sea o no socialista, sino que- al Ingresar a l PACTO de Varsovia, al COMECON y al permitir la presencia militar soviética - desequilibró el dominio geopolítico de los EE.UU. en "su" área. Imre Nagy no fue fusilado en 1957 por "liberalizar" a Hungría en 1956, sino (para decirlo esquemáticamente) por anunciar su retiro del Pacto de Varsovia. Todo ello nos brinda invalorable lecciones prácticas tanto a quienes queremos abandonar el capitalismo como a quienes, al otro lado del mundo, quieren abandonar el estatismo. Esas lecciones no pueden implicar una renuncia a la revolución, como no lo implicaron para Cuba ni para Viet Nam. Requieren eso sí -para utilizar un término del mercado- un inteligente cálculo de costos y utilidades.

En resumen: mantener la crítica al comunismo o social-estatismo no es "hacerle el juego al imperialismo" o "enajenarnos el campo socialista"; todo lo contrario: significa ponernos a la altura de las propias tendencias renovadoras y socialistas-revolucionarias que pugnan por humanizar y regenerar esas sociedades no capitalistas, mientras, por el otro lado, combatimos a muerte todas las variantes del capitalismo y todo intento de reintroducirlo bajo cualquier "piel de oveja".

(La Nueva Crónica, Lima, 3-5-73).

UNMSM-CEDOC